

los jefes de la familia de la jóven daban su consentimiento y se fijaba el día de la boda. Los enviados repartían los regalos que habían llevado y recibían en cambio otros, y después de ser obsequiados regresaban con la contestación a la casa de su amigo.

El día fijado para la boda, el novio, bien compuesto y engalanado con sus mejores prendas y acompañado de sus padres, parientes y amigos, especialmente de los comisionados coronados de flores, iba a la casa de la novia, la cual aguardaba con toda su familia, parientes y amigas, todos también ostentando sus mejores atavíos, a la comitiva en cuyo honor estaba ya preparado el banquete de familia. Para este acto se solía sacrificar un buey y la casa estaba adornada como puede suponerse. Después de los saludos mutuos, el novio presentaba a los padres de la novia y a ella misma, que estaba cubierta con un velo y coronada de una diadema, los regalos estipulados, y después eran obsequiados los de la comitiva (así por lo menos lo requería entonces el uso) con frutas, hasta que llegara la hora del banquete. Cumplidas



Escultura del templo abierto en la peña de Daramsiva.

todas estas ceremonias, procedíase al casamiento, que se hacía delante del alegre fuego del hogar, en el cual se creía invisiblemente presente el dios Agni. El padre de la novia, o el pariente que hacía sus veces, ponía la mano derecha de la jóven en la del novio, que decía al tomar la mano: «Tomo tu mano para mi felicidad, ya que Bhaga, Aryaman, Savitar, Purandhi, o sea la abundancia, y los dioses (en general) te me conceden para que gobiernes mi casa y alcances en mi compañía la edad proveya.» Esta era la fórmula más antigua de casamiento, pues así se encuentra en el himno de Stryá. Según el *Gria-sutra*, el padre de la novia, al juntar su mano con la de su esposo, pronunciaba tres veces los nombres de los dos, y los de sus padres, abuelos y bisabuelos. Colebrooke dice (1) que los casamientos en la India se hacían en otra época uniendo las manos de los nuevos esposos y ligándolas juntas con una yerba gramínea llamada *kusa*. En fin, pronunciada la fórmula dicha, el recién casado conducía a su mujer dando siete pasos hacia una piedra colocada en el suelo de intento y a la cual debía tocar con la punta del pie; y en seguida daba con la esposa tres vueltas alrededor del hogar. Con esto quedaba definitiva e indisolublemente anudado el lazo matrimonial, y seguían las felicitaciones y festejos de costumbre.

Antes de esta última parte de la boda se efectuaba la ceremonia de despedirse la jóven casada de su familia y de la casa paterna. El padre, y en su defecto el hermano, hasta entonces dueño de la jóven, la desligaba solemnemente de su sumisión y obediencia diciendo: «Conforme al orden establecido te paso intacta, acompañada de tu esposo, a una nueva existencia; aquí te desligo, pero te dejo sólidamente ligada allí adonde vas, y que el bondadoso Indra os haga ricos en hijos, y prósperos.» Hecha la despedida, el marido colocaba a su esposa en un carro preparado al efecto, ricamente adornado con elevado y mullido asiento, y tirado por dos bueyes, blancos si podía ser. Delante de la comitiva iban

(1) En sus *Miscellaneous Essays*, Londres, 1837; otra edición se hizo en 1874.

los que llevaban un tizon encendido del hogar paterno de la novia, para que el dios del hogar, Agni, acompañara a los recién casados a la casa y hogar donde habían de vivir. Los parientes, amigos y vecinos les felicitaban diciendo: «Pushan te guíe; los gemelos Açvin dirijan el carro que te conduce a la casa de tu marido y te establezcan en ella como dueño.» Al llegar a la casa paterna del marido se repiten las felicitaciones deseando fortuna, numerosa familia y larga vida a la novia. El marido la baja del carro, y la jóven, entre continuas bendiciones, consejos y felicitaciones, entra en la casa, donde se celebran las solemnidades ya descritas antes y queda declarada señora del hogar. Para que se forme idea de la indole del pueblo y del grado de cultura a que había llegado, conviene que pongamos aquí vertido al español el antiguo himno del *Rig-veda*, dirigido a los recién casados a su llegada a la casa del marido. Dice así, hablando en nombre del personal de la casa:

«Aquí quedaos, no os separéis jamás y haced años, jugad alegres junto al hogar propio con hijos y nietos.

«Prayapati os dé sucesión, y Aryaman os conceda robusta vejez. Entra (a la recién casada) bajo los mejores auspicios en el dominio de tu esposo; que seas para nosotros una bendición y para el ganado una ama solícita; míranos con cariño y no enojés a tu esposo, sé humana con el ganado, sé madre de héroes, ama a los dioses y sé dócil para bien de las personas y de los animales.

«Hazlo así, Indra bondadoso; tú que puedes colmar a los mortales de hijos y de toda clase de prosperidades, da diez hijos a estos esposos.

«Y tú, señora nuestra, serás señora de los cuñados y de las cuñadas (de nosotros, quieren decir los hermanos y hermanas del recién casado).»

En la literatura sagrada posterior del pueblo indio-arya, se mencionan, reglamentan e imponen ceremonias que han de observarse después de la boda descrita y que tienen su correspondencia en otros pueblos de origen arya. Algunas de estas ceremonias datan seguramente de la época primitiva, cuando estos pueblos vivían todavía en Asia; otras se introdujeron en las costumbres de estos pueblos separados ya unos de otros en el transcurso del tiempo. Uno de los usos más antiguos es cortar la cabellera de la recién casada o solamente recogerla con una venda o cubrirla y ocultarla debajo de un pañuelo, gorra, turbante, velo o papalina a la mañana siguiente de la noche de novios. Otros usos, como el trinoccio o abstención de todo contacto carnal durante las tres primeras noches que siguen a la boda, y otros, que con el tiempo se hicieron de rigor bajo la dirección de los sacerdotes brahmanes, fueron invenciones posteriores; pero ni de estos, ni de las primeras, se encuentra la menor indicación en los himnos más antiguos de los Vedas, que se limitan a recomendar la inviolabilidad del lazo matrimonial, la fidelidad, la concordia y el trato cariñoso de los esposos; todo con la tendencia manifiesta de asegurar a la mujer casada una existencia digna y la correspondiente autoridad, bajo la superior de su esposo, sobre toda la familia y la casa. A medida que prevaleció la religión especial brahmánica, fué perdiendo la mujer casada su posición elevada, tanto, que en una poesía relativamente moderna de los Vedas, dice Indrani a su esposo Indra: «En otro tiempo la casada tomaba parte con su marido en los sacrificios y en las fiestas y era considerada como esposa de héroe y conservadora de las tradiciones sagradas; pero no obstante esta queja, cada estrofa de la poesía termina con el estribillo: «Sobre todo está Indra.»

En la época remota de que aquí tratamos, la mujer casada, como ya hemos dicho, era señora en su casa bajo el mando superior del esposo, cuya voluntad acataba sumisa y

obediente; así lo proclaman los himnos más antiguos, al mismo tiempo que recomiendan y ensalzan la concordia entre los esposos que «juntos, animados de los mismos sentimientos religiosos, presentan sus ofrendas a los dioses.» Uno de estos himnos que la tradición india atribuye al mismo Manu, el fundador del pueblo arya-indio, y que instituyó el sacrificio y con él el culto de lo divino, define admirablemente la posición de la mujer casada en aquella época poco más o menos en estos términos:

«Los esposos, animados de sentimientos idénticos, lavan, amasan y prensan la soma; prosperan y sus despensas se llenan; juntos y unidos se acercan al sitio que ocupan los dioses; no escatiman sus ofrendas porque nunca miran con menosprecio la protección divina; adquieren consideración y fama; ricos en hijos e hijas alcanzan edad provechosa sin desmerecer jamás; de su abundancia dedican ricas ofrendas al genio protector de la casa y veneración a las divinidades.»

Muchos hijos eran considerados como una riqueza principal, y otra la abundancia de ganado, pues como pastores y agricultores pedían a Indra y Varuna hijos y nietos, ganado, campos, sembrados prósperos y fuerzas viriles; la falta de estos elementos constituía la pobreza, y esta era un deshonor o poco menos en aquella época en que bastaban la fuerza corporal y la actividad para obtener una posición desahogada y llegar a gran consideración.

Andando el tiempo, cuando se había formado ya el sacerdocio como casta privilegiada y poderosa, fué aun más despreciada la condición de pobre, porque no permitía hacer sacrificios grandes ni retribuir a los sacerdotes y cantores como estos deseaban.

Los autores de antiguos himnos imploran a Agni principalmente, genio protector de la casa del indio-arya, llamado también entre otros muchos nombres Iatavedas, el conocedor de los corazones, para que les conceda hijos y les preserve del enajenamiento, es decir, inmortalidad en este mundo por medio de descendientes directos que perpetuen la familia.

Por esto las casadas hacían abundantes ofrendas a las divinidades femeninas, en particular a Sinivali, la hermana de los dioses, la de las anchas trenzas, genio de la fecundidad, para que les concediera sucesión, sobre todo masculina; porque las hembras, si no eran admitidas por su padre, al poco tiempo de haber nacido eran «suprimidas», es decir, se las exponía para ser devoradas por las fieras, como lo indican claramente pasajes de los Vedas. Otros pasajes de época relativamente moderna, califican a las hijas de «plagas.»

Por esto era un gran suceso, saludado con himnos y oraciones de gracias por los padres, el nacimiento de un hijo varón, y muchos himnos de un famoso poeta llamado Visvamitra solicitan al fin de cada estrofa a manera de estribillo, «un hijo, vástago propio, que perpetue la familia.»

El destete, el primer diente del niño, el tenerse en pie y andar, el estreno de ciertas prendas, eran otros tantos motivos de ofrendas a la divinidad y de fiestas de familia, fiestas que con otras fueron reglamentadas más adelante e impuestas como ritos obligatorios con todos sus pormenores minuciosos.

Nada nos dicen los escritos antiguos sobre la educación posterior de los hijos, ni la relación y trato entre ellos y sus progenitores. Respecto del cariño paterno y filial encontramos en los antiguos himnos los pasajes siguientes: «Agni oculto, dice un poeta, se muestra (al encenderse la lumbre) resplandeciente a todo el mundo, como la madre feliz enseña el niño que tiene en sus brazos.» Otro cantor desea «que los dioses admitan cariñosos los cánticos dedicados a ellos como la madre abraza al hijo de sus entrañas,» ó, según

dice otro himno, «como el padre toma a su hijo en sus brazos;» otro poeta quiere con sus dulces cantos abrazarse con Indra «como un hijo se agarra al ropaje de su padre;» y otro invita al mismo dios a participar de su comida «como los hijos invitan a su padre a una comida succulenta.» Los padres, según se desprende de un himno, castigan, pero también perdonan; y un poeta dice que en su oración se inclina ante el dios Rudra «como el hijo muestra su respeto cuando ve venir a su padre.» Que no faltaban también hijos malos, se infiere de un himno en el cual ensalza el poeta al dios Soma, diciendo de él «que da al hombre la vaca lechera, el caballo veloz y el hijo valiente, apto y hábil en los trabajos, que procura el provecho de la casa, discreto en la asamblea y en el consejo, honor y gloria de su padre; estos hijos da Soma a aquellos que le veneran.» Pasando años llénase la casa de hijos, «semejantes, dice un himno, a los potritos y terneros; los juguetones del establo;» luego se van casando las hijas;



Escultura del templo abierto en la peña de Aurangabad.

los hijos llegan a su vez a ser padres, y estos se hacen caducos; el padre cede los cuidados y deberes de dueño de la casa al «hijo mayor,» y la madre los suyos a la nuera. Y por fin llega la muerte.

La costumbre de muchos pueblos salvajes de matar o abandonar a los viejos decrepitos de la familia y tribu, costumbre practicada por antiguas tribus germánicas, parece que existió también entre los primitivos arya-indios, según se infiere de varios pasajes del *Atarva-veda*. No por esto dejaban los arya-indios de desearse una larga existencia y pedir «cien años de vida, dice un himno, para ver a nuestros hijos padres, y vivir todo el tiempo fijado por la naturaleza,» hasta que Nirriti, el genio de la muerte, «consume su vejez.» Es decir, que aquella antigua costumbre de matar a los viejos inútiles no estaba ya en uso en la época remota de que tratamos, lo cual se deduce también de un himno de Kutsa, dirigido a la divinidad Rudra, en que el poeta le pide protección para todos los individuos de su familia, los grandes y los pequeños, el padre y la madre, y solicita para ellos larga vida lo mismo que para sí propio.

Respecto del arte de curar entre los arya-indios en aquella época, el dios Rudra era considerado como el mejor de los médicos de personas y de irracionales, según dice un himno, quizás porque los hombres habían observado que las tempestades, de que Rudra era la personificación, purificaban la atmósfera, se llevaban los miasmas de los pantanos y mataban los gérmenes de las enfermedades contagiosas. Para ellos esto no era efecto físico de las tormentas, sino resultado de la bondad y fuerza de Rudra, que como dios expulsaba las enfermedades y padecimientos enviados a los hombres por otras divinidades, a cuyo enojo e ira se atribuían todos los males y plagas que afligen a la humanidad. Así es que ya en las colecciones más antiguas de himnos figura la consunción como un genio perverso, al cual, bajo diferentes formas, el hombre pecador se introduce por sí mismo en su

cuerpo y pasa de una familia á otra. Contra él, como también contra los exantemas, el reumatismo articular, las fiebres, sobre todo las intermitentes y otras enfermedades, se encuentran en los Vedas muchos exorcismos, conjuros, oraciones, fórmulas é himnos, especialmente en el *Atarva-veda*.

No obstante la creencia general de que todos los males son castigo de los dioses ofendidos, y de que la manera más eficaz de aplacar su enojo son las súplicas, las invocaciones y los sacrificios, no dejaban los aryas de conocer y de aplicar otros remedios curativos, especialmente del reino vegetal, que según los himnos antiguos, nadie conocía y facilitaba tan bien como Rudra, «el mejor de los médicos,» y lo mismo sus hijos, los Marut, como también los Açvin, que conocen todas las virtudes curativas que existen en las plantas, en el agua y en la tierra, ó que aquellos mismos han colocado en ellas.



Esculturas de Sanchi.

No nos detendremos á citar los himnos antiquísimos que describen las penas de la madre que vela junto al lecho del hijo querido y enfermo, ni las angustias y el dolor de la esposa al lado del lecho de su esposo, «blanco de la flecha de Vivasvant, el dios de la muerte.»

Pasemos ahora á las creencias, usos y ritos relativos á la muerte, al entierro y á la vida futura de los antiguos indios aryas (1) en la época védica más remota, para lo cual tenemos un himno del *Rig-veda*, llamado comunmente del «Entierro,» porque los versos corresponden efectivamente á los diferentes momentos del sepelio de un varón casado. La viuda y los hijos que rodean el lecho de muerte, se lamentan de la pérdida del esposo y padre «que ha emprendido el camino á aquellas alturas serenas; camino que Yama, hijo de Vivasvant, pasó el primero y dejó abierto para los muchos que habían de venir después.»



Escultura de Sanchi.

Yama y su hermana Yami, cuyos nombres significan mellizo y melliza, son, según la tradición india, la primera pareja humana engendrada por Vivasvant, un dios Sol y el Alba, y Saranyu, la nube distribuidora de benéfica lluvia, hija de Tvashtar, el arquitecto y constructor plástico de la creación por encargo de los dioses. Vivasvant es en la mitología india también padre de Manu, el Noé de los indios-aryas y del cual descienden (2). Hermanos de Yama y Yami son también los dos gemelos Açvin, los Cástor y Pólux de los antiguos

(1) Véase para esto la obra de John Muir: *Original Sanskrit texts on the origin and history of the people of India, their religion and institutions*, especialmente el tomo V que tiene por título: *Contributions to a Knowledge of the cosmogony, mythology, etc., of the Indians in the Vedic ages*. Publicado en 1870. El autor se guía principalmente por Leyenda de Jemjid publicada en alemán por Roth en el periódico de la Sociedad oriental alemana, tomo IV, pág. 417 y siguientes, y por el himno funerario del *Rig-veda*, publicado por el mismo Roth en este periódico, tomo VIII, pág. 467 y siguientes, y finalmente la obra de Max Müller: «Los entierros brahmánicos,» en el citado periódico, tomo IX.

(2) Manu (los indios cuentan siete Manus) es también una persona histórica, autor del célebre y voluminoso código que lleva su nombre, y que aun siendo el libro fundamental de la religión brahmánica contiene también los principios esenciales de la religión budhista. Fué escrito entre 500 y 320 años antes de nuestra era. La mejor edición y traducción es la de Haughton: *Manava-Dharma-Sastra* (Leyes de Manu), Lon-

indios-aryas. Yama, para cumplir el deseo de los dioses, consintió en morir, siendo así el primer mortal, para que sus descendientes no fuesen también inmortales, á los cuales enseñó de esta manera el camino de la muerte, y á esto debe la importancia y veneración que goza en la mitología arya-india (3).

Volvamos ahora al entierro. El cadáver ha sido conducido al sitio donde debe ser enterrado. Allí le supone el himno rodeado de todas las personas del séquito fúnebre formando círculo junto á la tumba abierta, y á su lado la viuda y el que dirige la solemnidad, un cantor, quizás pariente del difunto y ya cabeza de familia. Como en todas las solemnidades de la vida, hemos de suponer también encendido el fuego consagrado á Agni, no para comunicarlo á una hoguera que debe reducir á cenizas el cadáver, porque en aquella época el pueblo arya-indio enterraba sus muertos, sino para invocar en tan solemne acto, por la mediación del dios Agni, á las divinidades Pûshan, el dios Sol, pastor y guarda fiel de todas las criaturas, «guía infalible que todo lo ve y conoce,» y á Yama, para que acuda con todos los Angiras (ángeles, seres bienaventurados) y los antepasados del pueblo para hacerse cargo del difunto y tomar parte en el sacrificio. Después de invocar el cantor á estas divinidades, dirige en varios versos su palabra á la Muerte, intimándola que pase y no cause más víctimas, que deje á los allí presentes los maridos é hijos; invita á los vivos allí reunidos á gozar de la vida con intenciones puras y dignas del sacrificio ofrecido á los dioses; les desea numerosos hijos y concluye diciendo:

«Ya están separados los vivos de los muertos; porque hoy se nos han mostrado propicios los dioses (aludiendo quizás á la ausencia de todo contagio, quedando los sobrevivientes muy sanos y alegres); preparados estamos á entregarnos á las diversiones, á la danza y á disfrutar de la vida.»

Entretanto, pues así es preciso suponerlo, el cantor ú otros han colocado cerca de la tumba una piedra á manera de hito entre los muertos y los vivos, porque continúa cantando:

«Planto esta piedra á fin de que ninguno de los que estamos vivos emprenda antes del tiempo aquel camino, sino que vivan sus cien otoños completos. ¡Como los días y los tiempos que se suceden, así haz, oh creador, que se cumplan todos los períodos de su vida! ¡Alcanzad todos, uno tras otro, la edad senil, y Tvashtar, el creador de tantos seres nobles, os dé larga vida!»

Dicho esto entran en el círculo las mujeres amigas de la viuda, todas engalanadas, para echar en las llamas sagradas sus ofrendas y para llevarse de allí á la viuda, que con la muerte de su esposo ha recobrado su libertad, y entonces quita el cantor el arco de la mano del difunto para devolver esta arma junto con la viuda á la vida activa y útil, y le hace decir el himno (4):

«Ved aquí las mujeres casadas, con la manteca derretida, engalanadas, acercándose, sin llanto ni duelo, al sepulcro. Levántate, pues, mujer, y vuelve á la vida; ya expiró aquel á cuyo lado estás, que en otro tiempo te eligió por esposa y tomó tu mano; ven, ¡tu matrimonio ha acabado! De la mano del muerto tomo el arco para que sirva á la defensa de nuestro dominio y sea nuestra arma; tú, difunto, allí está tu pues-

dres, 1825. Pueden recomendarse también las de Loiseleur-Deslongchamps, París, 1830-1833.

(3) En la cual adquirió más tarde el carácter de dios del reino de los difuntos, de cuyos actos cometidos en vida era juez. En las esculturas indias está representado en forma horripilante, con un collar de calaveras, muchos brazos blandiendo armas terribles, con una balanza y una antorcha, y va montado en un búfalo negro de cuatro astas.

(4) Después que las mujeres, según el ritual brahmánico, han tomado con tallos de *darbha* un poco de manteca fresca y se han ungido los ojos con ella sirviéndose de los dedos pulgar y anular, y han arrojado hacia atrás los tallos, volviéndose otra vez hacia el cantor. Véase Max Müller.

to, y el nuestro aquí, á fin de que, á fuer de buenos campeones, rechacemos victoriosos á todos nuestros adversarios!»

Luego se coloca el cadáver en el hoyo, y el cantor dirige la palabra al muerto y á Prithivi, la madre Tierra, diciendo:

«Entra en el anchuroso seno de la madre comun, Prithivi, que, vírgen, hermosa y tierna, te conserve y te libre de la descomposición.»

«Y tú, tierra abierta, sostenida por mil puntales, concédele esta morada chorreando de grasa (de las ofrendas), y que seas su abrigo hasta la consumación de los siglos.»

Y dirigiéndose otra vez al difunto continúa: «¡La tierra te rodee sólidamente; que pueda yo echar sobre tí los terrones; que nuestros mayores te sostengan y que Yama te prepare tu puesto allí!»

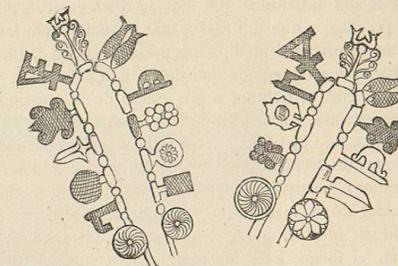
«Allí está,» dice el mismo himno, «la pradera que nadie puede arrebatar, cuyo camino ha descubierto Yama y que han recorrido nuestros mayores; la pradera donde moran los dioses y los cantores, donde los que llegan ven á los dos soberanos, Yama y Varuna, y saborean la soma; allí, en el espacio más elevado del cielo, están reunidos los difuntos con sus mayores y con Yama, despojados de todas sus imperfecciones, como en una nueva patria y en un nuevo cuerpo radiante de luz.» Este sitio de bienaventuranza está guardado, según la tradición india, por dos perros de Yama, llamados Sarameya, que quiere decir «cria de Sarama,» de ancho hocico, de varios colores y de cuatro ojos. De varios colores ó abigarrado es en sanscrito *sabala* ó *sabara*, nombre que presenta una analogía evidente con cerbero ó cancerbero, el perro guarda del palacio de Pluton.

No explica el himno del entierro más de lo que hemos dicho respecto del sepulcro ó tumba. Allí la madre Tierra tiene en adelante estrechamente abrazado á su hijo, según parece depositado sin ataúd, porque el himno nada dice. Solo los escritos Vedas del postrer período hablan de troncos de árboles vaciados que sirven de ataúd á los muertos. En cambio, hánse encontrado, si bien no en el Punjab sino en el Mediodía de la India, en el distrito de Bombay, sepulcros en grandísimo número, semejantes á los llamados *dolmenes*, compuestos de piedras verticales que sostienen otra horizontal de grandes dimensiones y rodeados de otras colocadas en círculo alrededor, sin faltar debajo de las del centro los esqueletos, urnas, útiles de piedras pulimentadas y vasijas de barro, de modo que no puede quedar duda sobre su objeto. Así, por arriesgado que sea, no podemos menos de indicar aquí la probabilidad de que estos sepulcros sean de aquellos indios-aryas á que se refieren los antiguos himnos de los Vedas.

En aquella época remota, el pueblo arya no conocía todavía la bárbara costumbre de quemar á las viudas con sus difuntos maridos. La viuda podía contraer segundas nupcias conforme lo prueba el pasaje de un himno que habla de matrimonios de viudas con el hermano de su difunto marido, y esto está, según hemos visto, en perfecta consonancia con la letra de las últimas estrofas del himno del entierro, y en general con el espíritu del pueblo arya-indio en el período védico antiguo. La muerte era para aquellos aryas un huésped temido, y á pesar de ser el país de ultra-tumba, ó de Yama, morada de dioses y una nueva patria para los difuntos de las generaciones pasadas, la imaginación popular fué dando á Yama un carácter terrorífico, sin hacer de él un verdadero juez de los muertos como el Minos de los griegos, de cuyo fallo dependía la concesión de la inmortalidad ó existencia perdurable en el otro mundo. Los indios aryas de aquella época védica conocían un cielo donde los muertos gozaban de una existencia llena de satisfacciones, pero no habían llegado todavía á imaginar un sitio de castigo, ó

sea un infierno, para los malos. Del destino de estos después de su muerte, solo algunos pocos himnos dan algún indicio vago, como aquel himno que dice que «los mentirosos y perversos han nacido para aquel sitio profundo;» y otro, en que el cantor suplica á Indra y Soma «que arroje á los malvados, á los gigantes y protervos al abismo sin fondo y á las tinieblas eternas;» algunos himnos más piden á Varuna «que precipite en el sepulcro á los odiosos é ingobernables y á los ineptos para comprender la razón;» y uno pide á Indra «que haga pasar á Raxas, el enemigo, á la oscuridad más profunda.» Estos pasajes son contadísimos, y así y todo, muchos de los himnos que los contienen son de redacción muy posterior al período védico antiguo.

En cambio, son muchísimos y bastante explícitos los pasajes que se refieren al cielo ó país de los dioses y bienaventurados, «donde Yama se recrea con los dioses á la sombra de un árbol de hermoso follaje, y anhela ver, como padre del



Escultura de Sanchi.

pueblo arya-indio, á los varones difuntos del mismo pueblo.» Otro himno llama á los «piadosos cantores de épocas pasadas comensales de los dioses, á los cuales se manifestó radiante á la luz oculta cuando con sus vigorosos cantos despertaban á Ushas, la aurora.» «Aquel paraíso,» dice otro himno, «es el sitio donde los hombres alegres gozan de bienaventuranza;» y para concluir, el poeta Kaçyapal, al final de cada estrofa y en un himno ya muchas veces traducido, suplica al dios Soma «que le conceda la bienaventuranza eterna.» Véanse sus últimos versos:

«Allí, donde brilla eterna luz, donde llena alegre resplandor el anchuroso espacio; allí colócame, oh dios puro, por toda la eternidad.»

«Allí, donde es rey el hijo de Vivasvant, en el palacio más interior del cielo, donde brotan continuamente las aguas; allí concédeme la inmortalidad.»

«Allí, en el tercer cielo, en la tercera altura, donde el espacio está libre en todas las direcciones, donde todo resplandece de luz; allí concédeme la inmortalidad.»

«Allí, donde acaban los deseos y afanes, donde el caballo del carro del sol tiene su posada, donde se encuentra recreo y satisfacción; allí concédeme la inmortalidad.»

«Allí, donde reinan la alegría, las delicias y el arrobamiento, donde todos los deseos se satisfacen; allí concédeme la inmortalidad.»

Los indios-aryas, como todos los pueblos en el primer período de su vida social, se habían creado un mundo donde se continuaba la vida como ellos la entendían y entreveían, exenta de las penalidades de la existencia terrestre, una vida más elevada, más serena, más radiante. Así creó la imaginación griega los campos Elíseos y la de los germanos el Valhala. Para unos y otros, pero especialmente para los arya-indios, la muerte era el tránsito y la puerta por donde era preciso pasar para reunirse cada uno con sus antepasados, los ascendientes de la familia y del pueblo.